

Sólo la punta de un iceberg

Antonio Saborit

Carlos Martínez Assad, *El henriquismo, una piedra en el camino*, Martín Casillas Editores, México, Memoria y olvido: imágenes de México, n. 20, Colección, 1982.

Al presentar los siete ensayos que integran el libro *La sucesión presidencial en México* (Nueva Imagen, 1981), Carlos Martínez Assad escribió que, a partir de 1952 —y en virtud de las consecuencias de la candidatura del general Miguel Henríquez Guzmán—, la oligarquía gobernante no vuelve a tolerar “las experiencias que pongan en peligro la estabilidad entendida como el equilibrio de fuerzas políticas”, al mismo tiempo que “las escisiones del grupo en el poder no volverán a darse tan en la superficie”. Salta a la vista que Martínez Assad no se preguntó dos veces lo que quiso decir con “la estabilidad entendida como el equilibrio de fuerzas políticas”, ni mucho menos la relación de esta frase con el caso de la infeliz candidatura de Henríquez Guzmán, la cual —por otra parte— no fue una escisión evidente del grupo en el poder. Sin embargo, Martínez Assad tenía razón al apuntar, más adelante, que la participación del general Henríquez Guzmán en las elecciones del 6 de julio de 1952 puso en entredicho la victoria del candidato oficial, y que el “número de víctimas de la sangrienta represión” con que, al día siguiente de la votación, el estado clausuró la campaña política del general (del “apto general” que había sido en la década de los años treinta, según dicen las crónicas de Novo), auguraría un “duro comienzo y un oscuro sexenio para Adolfo Ruiz Cortines”.

El henriquismo, una piedra en el camino propone ahora un análisis que, por la amplitud de su perspectiva, resulta desconcertante: la campaña y derrota de Henríquez Guzmán como “uno de los momentos más importantes de la oposi-

ción electoral en México”, que es la última frase de esta breve crónica, cuando Octavio Rodríguez Araujo (en *La sucesión presidencial en México*) hablaba del henriquismo como el “último movimiento de oposición disidente organizado de nuestro tiempo”. Aunque es difícil estar de acuerdo con Martínez Assad, su libro no se detiene en interpretaciones de cualquier tipo; así no pueda evitar, por otra parte, apreciaciones que de tan generales llegan a la informalidad, como la de que:

El período de gobierno presidido por el licenciado Miguel Alemán se caracterizó por una política de puertas abiertas al capital extranjero, por el llamado que hiciera a los jóvenes profesionistas universitarios y por el desplazamiento de los militares y los políticos cardenistas que criticaban el gran giro que había dado el país en el régimen anterior y que se acentuaba con Alemán, quien promovía los negocios de la burguesía y abandonaba las medidas agraristas y obreristas que daban coherencia al proyecto político emanado de la Revolución.

Pero así no hay que pedir lo que el libro no se propuso; ciertamente, los alcances de *El henriquismo* son modestos, aunque no necesariamente son así los del género de la crónica. En otra ocasión, con *El laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista* (Siglo XXI, 1979), Martínez Assad intentó un trabajo más ambicioso; y ahora, con éste del henriquismo, ofrece una crónica detallada y no cansante de una campaña presidencial que terminó con la intervención de la Policía Montada, el Batallón Motorizado y los granaderos para sofocar brutalmente una manifestación de henriquistas el 7 de julio de 1952.

Así lo cuenta Martínez Assad:

Los partidarios de Henríquez, seguros de su victoria, convocaron al día siguiente [de las elecciones, A.S.] a una concentración para “que nadie intente arrebatarse al pueblo su legítimo triunfo”. El lugar de la reunión sería frente a las oficinas del Partido Constitucionalista Mexicano, situadas en Avenida Juárez 30. Los henriquistas comenzaron a llegar a la Alameda Central desde muy temprano para esperar que el reloj marcara las seis de la tarde, hora de la convocatoria. Muchos campesinos, algunos hombres de overol, mujeres, jóvenes y niños se agrupaban lanzando porras a Henríquez, mientras oradores espontáneos tomaban la palabra (...). Nadie sabe a ciencia cierta cómo se iniciaron los hechos, pero a los pocos minutos del ingreso de los contramanifestantes en la Alameda se escucharon los primeros disparos. Civiles y uniformados se enfrascaron en un tiroteo que pronto abarcaría las calles de 5 de Mayo, Tacuba, 16 de Septiembre, Gante, Motolinía, Bolívar e Isabel la Católica (...). Los sucesos continuaron por largo rato, en todo el centro de la ciudad había gran confusión (...). Para muchos, en particular para los propios henriquistas, los sucesos del 7 de julio marcaron el final de sus aspiraciones políticas. El henriquismo terminaba esa noche de navajas y cuchillos; para los políticos había acabado desde que Cárdenas le retiró su apoyo, para otros nunca había existido.

Y para Martínez Assad, ya se dijo, fue uno de los momentos más importantes de la oposición electoral en México. Sin embargo, esta es una proposición bastante cómoda que se respalda en afirmaciones conocidas, en versiones que han perdido interés a fuerza de reiterarlas, como la de que Henríquez Guzmán se proponía “rescatar los impulsos populares de la Revolución” o que, en un plano confidencial en apariencia, la candidatura de este general había sido promovida ante ese desplazamiento (pacífico, limpio de codazos políticos, en todas las ver-

siones) de los militares orquestado por el nuevo poder civil con el cuerpo de la Universidad Nacional y la sonrisa abierta de Alemán.

Hasta ahora la represión del 7 de julio de 1952 ha sido más relevante que la misma candidatura de Henríquez. Y este trabajo de Martínez Assad lo confirma, también, inútilmente. La Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FP-PM) es sólo la punta de un iceberg; el resto (que debía estar en la "Hoja

de servicios" de Henríquez Guzmán incluida en este libro) es una historia por investigar: las actividades de este candidato en todo el sexenio de Alemán, su enriquecimiento o la manera en que acrecentó una capacidad de autofinanciamiento para lanzar su candidatura. "Ningún partido de la oposición recorrió hasta entonces tantos estados de la República", dice Martínez Assad. No es difícil suponer que la fortuna de Miguel

Henríquez Guzmán, para 1952, era tan grande como la de cualquier funcionario saliente en ese momento y que, por tanto, su candidatura iba tras ese nuevo lugar de compra que apareció en la cartografía política mexicana, en donde se obtenían y se incrementaban *otros* tipos de poder económico y social, que fue otra de las funciones que empezó a cubrir el estado mexicano a partir de la década de los cincuenta.